



BREVE RELATO: UN DÍA NORMAL EN EL INSTITUTO

*Wendy Vanesa Rocha Cacho**

*

Apenas entras a Ciudad Universitaria estás, en efecto, en otra ciudad: te rodean los helechos terciopelo, los espinos, los helechos dorados y de tres hojas, algunos eucaliptos de caoba roja y una gran cantidad de flora y fauna (tlacuaches y cacomixtles entre estos últimos) que parece imposible ver fuera de CU. Los murales, pinturas y relieves de David Alfaro Siqueiros, Juan O’Gorman y Diego Rivera, y las esculturas de Silva, Goeritz, “Sebastián” y Helen Escobedo, entre otros, embadurnan la Ciudad.

La contaminación auditiva que pulula en los alrededores de la Ciudad simplemente desaparece. El ambiente de calma y tranquilidad de Ciudad Universitaria es proclive para el estudio, el razonamiento, la investigación, la cultura, el deporte, e incluso para el descanso y el entretenimiento.

De ahí que trabajar en la Universidad, y en Ciudad Universitaria en particular, va más allá —mucho más allá— de simplemente prestar tus servicios, y va más allá —también— de sólo llegar a la oficina: ¡tu oficina está dentro de uno de los sitios reconocidos como patrimonio cultural de la humanidad!

* Académica y jefa del Departamento de Publicaciones del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.

**

La vida en el Instituto de Investigaciones Jurídicas transcurre como en una segunda dimensión: nos bañamos, nos vestimos y nos embadurnamos todos los días como si se tratara de una gran celebración; tus amigos y compañeros de trabajo se convierten en tus aliados y las horas de trabajo se escurren entre los dedos. Cuando lo notas, o cuando lo noté, habían transcurrido ya veinte años desde que me convertí en trabajadora universitaria, aunque mi apasionado romance con la Universidad había comenzado varios años antes, en 1994, cuando ingresé a la Escuela Nacional Preparatoria número 6, “Antonio Caso”. A lo largo de todo ese tiempo he arribado a dos certezas: tu número de cuenta y tu número de trabajador permanecerán en tu mente, tatuados, por toda *tu* eternidad.

Desde la ventana de mi oficina se observa el *Búho*, una de las tantas esculturas de “Sebastián”, coronada, la mayoría de las veces y dependiendo de la época del año, por un cielo azul brillante y soleado. Con el *Búho* a mis espaldas, pongo manos a la obra.

El día transcurre entre llamadas, correos electrónicos y revisión de manuscritos en alguna de las varias etapas que comprende el proceso editorial: recepción y revisión de originales, de primeras y segundas planas, solución de dudas, revisión de forros, de pruebas digitales de interiores y cubiertas, trámites para cotizaciones, impresiones y para la obtención de ISBN. En lo que parece un abrir y cerrar de ojos, aunque en realidad han transcurrido semanas, e incluso meses, envías por fin un libro a prensa.

Cuando miras el libro terminado, para los editores es como el alumbramiento de un bebé: observas su perfección, rogando no encontrar imperfecciones; lo hueles y acaricias por unos minutos, hasta que notas que tu labor no ha terminado: tienes cuarenta o cincuenta “bebés literarios” más a la espera de ver la luz. Sí, los editores somos afortunados al experimentar esa sensación con cada libro terminado, con cada “bebé literario” nacido. Sabes que no es tu creación, pero que tu labor fue fundamental para el alumbramiento. Y una de las mejores partes de todo esto es brindar la feliz noticia al padre o a la madre (autor o autora) de que todo ha salido bien.

En otras ocasiones menos felices el proceso puede llegar a ser tortuoso, como cuando sobreviene una reforma al ordenamiento jurídico o cuando los acontecimientos ocurridos hacen necesaria la actualización de un libro, es-

tando éste en las etapas finales del proceso editorial; cuando la obra es de tal complejidad o magnitud que requiere la intervención de varios editores, con el “caos ordenado” inherente a todo proyecto en el que intervienen muchas manos, y en los que el proceso puede incluso tomar años.

El ambiente en el Instituto es de relativa calma para quien lo mira con despiste. El agudo observador notará a decenas de personas desfilar en sus pasillos, entre una aula y otra; a personal de confianza y de base, en su ir y venir, listo y dispuesto para apoyar en lo que se requiera; a los investigadores repasando, ordenando e inmortalizando sus ideas en papel, y a más de una decena de editores en su incansable búsqueda de su libro, su bebé, perfecto.

Por todo lo que es, lo que representa y lo que será en los años venideros, ¡larga vida al Instituto de Investigaciones Jurídicas y muchas felicidades a toda la comunidad universitaria que lo integra en, este, su 80 aniversario!